

## LA SOLEDAD DE LA ESCRITORA.

Por Edda Cavarico

Durante el primer reinado de Isabel La Católica, en 1474, llegó la imprenta a España, permaneciendo libre por 50 años hasta cuando los propios reyes, Isabel y Fernando, promulgaron la pragmática del 8 de julio de 1502, regulando la impresión e introducción de libros que fue rectificadora, aumentada y corregida por Felipe II y en su ausencia por la Princesa Doña Juana de Valladolid, en septiembre de 1558, agregándole la "Prohibición de introducir, vender ni tener libro alguno de los prohibidos por el Santo Oficio de la Inquisición".

Dos años después, nuevamente, el mismo Felipe II, en Toledo, el 14 de agosto, por Real Cédula dirigida a jueces y justicias de España y de América, ordenó que "no consientan en la impresión y venta de libro alguno que trate sobre materias de Indias".

Fueron los Jesuitas quienes extendieron la imprenta por sur América, partiendo de Méjico en 1577; pasando por Perú, Puebla de los Angeles (Nueva España), Guatemala, Paraguay, La Habana y llegar a Santa Fe de Bogotá en 1737, vía Cartagena, fletada en tres cajones las letras de imprenta y la prensa, desempacados e instalados sobre un añejo banco de carpintería, en una pieza de la vieja casona donde funciona el Colegio San Bartolomé, en la Plaza de Bolívar.

Recibido el permiso provisional de imprimir, dan comienzo a la publicación de "libros de Doctrina y de devoción". La primera publicación que se conoce es la titulada "Septenario al Corazón Doloroso de María Santísima", con 36 páginas, cuya medida es de 14,30 x 9,30 cts., en cuya introducción se lee: "...sacado a la luz por el Doctor Juan de Ricaurte y Terreros, Juez, Cura y Vicario Eclesiástico de la ciudad de Vélez en el Nuevo Reyno de Granada, con licencia. En Santafé de Bogotá: en la Imprenta de la Compañía de Jesús..."

Sin embargo, algunos historiadores afirman que entre 1560/2, hubo un taller tipográfico en Cartagena de Indias.

Cuarenta años después, en 1774 todavía se conservaba la orden de publicar solamente asuntos religiosos; es así como Antonio Espinosa de los Monteros, en Cartagena, imprime un octavario dedicado a la Virgen María, cuyo prólogo dice: "Lector mío, no te espante/ Una novena tan breve, / Si en un laconismo embebe/ Glorias de sólo un instante" / "A la Inmaculada Niña/ que en gracia se concibe/.....

Al expandirse la lucha libertaria encabezada por Simón Bolívar, él fundó y dirigió varios periódicos utilizados como estrategia de guerra. Poco a poco tomó auge y surgió el periodismo revolucionario en Santa Fe de Bogotá, con la "Constitución feliz". En 1811,

un año después del florero de la independencia, Antonio Nariño publicó “La Bagatela”.

**En 1833**, el 19 de mayo, para defender la administración del General Santander publicaron “El Cachaco de Bogotá” (cachaco sinónimo de liberal), **a los 13 días del nacimiento de Soledad Acosta Kemble, en la casa marcada con el número 105 de la calle 14, de “Los Enfranelados”, en el barrio de La Candelaria, al hogar conformado por el prócer ingeniero Joaquín Acosta y Pérez de Guzmán, y la estadinense señora Carolina Kemble.** Actualmente la casa está señalizada con una placa alusiva.

Recibió a la niña el Bogotá romántico, cortés y sin afeminamientos, como describe Eduardo Santa el ambiente capitalino en alguna de sus obras. Igualmente narra que las reuniones habituales, a comienzo del Siglo XIX, se celebraban en las casas de familia y eran de tertulia con música al piano interpretada por mujeres jóvenes y con poesía declamada por algunos de los muchos poetas, también jóvenes, que acuciosamente y para concretar su coquetería, vivían a la caza de ser invitados.

Jugaban tresillo, se hacían adivinanzas, coplas y charadas; al final, ofrecían la merienda que consistía en una taza de chocolate acompañado de pandeyuca y queso de esterilla, colaciones o dulce de breva; el café era, como bebida, casi exótico.

La familia Samper Kemble era de alta posición social, dirigente, de alcurnia como se decía antes. Los primeros años escolares los hizo Soledad en el colegio de La Merced en Bogotá y a los 12 años de edad fue enviada al Canadá, donde su abuela materna. Más adelante intensificó su educación en París, Europa, para regresar hacia la mitad del siglo XIX a su patria y compartir con su padre en la vida social y literaria de la época, todavía en las nebulosas católicas de las prohibiciones a la mujer como ser inferior y maléfica; se dudaba de la necesidad y el derecho de la alfabetización para ellas; aún se repetía con frecuencia, el viejo adagio “la mujer no puede aprender a leer y escribir porque usa esos bienes de la cultura, sólo para ejercer la brujería y comunicarse con los amantes”, como refería el tradicional mandato religioso, mientras ella, Soledad, ya había publicado en periódicos y revistas de la “ciudad luz” bajo seudónimos como Bertilda, Andina y, Aldebarán y Renato, masculinos, con el fin de lograr la apertura de las páginas más fácilmente dado que los temas no correspondían a lo que en la época –así fuera en París- se consideraba era el pensamiento femenino muy alejado de la crítica social.

Desde su llegada a Santa Fe, fue invitada a los salones con la curiosidad parroquiana de escuchar a una mujer viajera, escritora, frecuentadora del teatro; asistía en compañía de su padre, hombre de prestigio político y militar. Fueron sus compañeros generacionales y de sociedad, tanto en los elegantes bailes a los que asistía el Presidente de la República, como en las tertulias, vistiendo capa al estilo español, renombrados políticos, algunos escritores como ella: entre otros, Rafael Pombo, los miembros del Olimpo radical, don José Caicedo Rojas, José Manuel Marroquín y

Dolores Calvo de Piñeres, sin olvidar la presencia conflictiva de Rafael Núñez y las horrendas guerras partidistas que decapitaron gran parte de su generación.

Los domingos, posiblemente, concurría a los tradicionales paseos a Chapinero o al Salto de Tequendama; seguramente también a Fusagasugá; así mismo se debió deleitar bailando el valse, la danza o la cuadrilla.

Enamorada y compenetrada con la personalidad literaria y humanista de José María Samper Agudelo decidió casarse con él, en segundas nupcias y aceptar a los dos hijos de la primera unión de Samper; la boda se celebró en 1858 para emprender su vida viajera con alas de escritora y periodista, dejando sus huellas en distintos géneros literarios.

José María Samper, su esposo, con quien llevó paralelas y constructivas las relaciones intelectuales y afectivas, nació en Honda, Tolima, en 1828. Participó en la vida literaria y en las andadas políticas de su generación, sin olvidar actuar en la economía y algunos cargos gubernamentales. Como periodista, entre otras acciones, publicó “Polémicas de ordinario”; a los 15 años de edad colaboró en “La Noche”; en 1855, dirigió “El Neogranadino” en su reaparición, lo mismo que “El Tiempo” en 1855. Desarrolló campañas contra las acciones de la Iglesia Católica y el clero, en especial por la participación activa de algunos en la guerra. Comenzó su vida partidista como Liberal radical y la terminó como defensor de los conservadores.

Poco tiempo después del matrimonio, ambos eran corresponsales de “El Comercio” de Lima; él llevaba lo político, ella la vida de la mujer, la moda, la literatura, las costumbres y algunas pinceladas reivindicatorias femeninas. También sostenían corresponsalías con publicaciones de Inglaterra y España. En 1862 y 63 vivieron en Lima, Perú, donde participó Soledad en la creación del periódico “La Gaceta Americana” y se dedicó también a editar por su cuenta folletines de profundo contenido -haciendo gala del periodismo literario- dedicados a la mujer, la familia, las lecturas del hogar y otros temas.

En 1888, a los 60 años de edad, murió José María, en Anapoima, Cundinamarca, quedando viuda. Después de cumplir con las costumbres sociales en estos casos, ella regresó a París.

Dejó la periodista al país que la vio nacer, igualmente parroquiano y similar al que abandonó en su adolescencia; pero saturado de problemas sociales, dominado por los intelectuales dirigentes hechos militares a la fuerza para combatir en las guerras civiles en las que también se alistaban muchos de los curas católicos; según el libro Reportaje de la Historia de Colombia, la Bogotá de la época “era con alguna razón, un convento en armas, pues junto a la iglesia, mandan las fuerzas armadas, o más bien sus jefes....La Guardia Nacional es en su mayor parte de indios y mestizos, reclutados en cualquier parte y raramente en virtud de ley...A las 6 cae la noche sobre Bogotá. Se cierran los comercios y concluye la jornada...”

Como quien desde niña vivió atestiguando el conflicto armado en Colombia, siendo el tema político el pan diario, aún en su propia familia por protagonista, se familiarizó con la vida y trayectoria de personajes y hechos que marcaron la historia nacional, sabiendo evaluar las circunstancias para medir las consecuencias sociales y económicas; algunos de los hechos más trascendentales, tanto para el país como en la vida de SAK, fueron los enfrentamientos armados de 1840, el nacimiento de los partidos tradicionales en el 49, la contienda del 76, la guerra del 85, la Constitución del 86, la dictadura de Melo, la revolución del 1895 y un año después el suicidio de José Asunción Silva....Por eso, escribió a más de la profunda biografía de su padre, una novelada sobre José Antonio Galán y otros ilustres revolucionarios, lo que le permitió opinar y demostrar la coacción de las libertades desde la historia hasta la ficción, desde el ayer hasta el hoy, como si el tiempo se detuviera o la vida repitiera la injusticia social.

Fue una crítica mordaz y sutil. Entre los títulos que registraron su obra literaria se encuentran: La Holandesa en América, El Tirano Aguirre, Los Piratas en Cartagena , Un Hidalgo Conquistador, Corazón de la mujer, Luz y sombra, Historia de dos familias.

Algunos de los materiales más reconocidos son la versión de “La India de Juan Fernández”, publicado en el periódico “El Eco Literario”, de París. La primera obra la editó en Holanda, “Novelas y cuadros de la vida Suramericana”.

No obstante su capacidad intelectual y el respeto social de su familia, nada aquí permitió el reconocimiento debido como escritora. El estilo coloquial de la cronista y la agudeza de sus descripciones envolviendo en sarcasmos la doble moral de muchos bogotanos como fruto de una sociedad pacata, se aprecia en los siguientes apartes, publicados en “Biblioteca de Señoritas”, revista que se editó a partir del 3 de enero de 1858, con 8 paginas, tamaño casi tabloide o cuarto mayor, impresa a dos columnas, fundada por Felipe Alvarez, que se mantuvo en circulación hasta el número 67 editado en 1859; dice así:

*“...Diose la pobre Petrona mil trazas para explicarnos en términos propios de la capital, i a breve no más estuvo servido lo que el temerario llamaba té, i lo que yo en buena leí i con conciencia no podré llamar sino el chocolate, pues eran dos jícaras de esta estimable cuanto monopolizada bebida, si no tan bien preparado como aquel que nos habla don Leonardo Fernández de Moratín, al menos no le faltaban su canela i arjentada cuanto olorosa i humeante espuma. El servicio era blanco: platos de porcelana de donde mi comadre, doña Quiteria Catarros, quien siempre nos sacaba airosos de lances*

*tales, dándonos prestados dos o tres pocillos, un charolito, dos vasos de cristal y tres platos pandos...Fue cosa de ver el modo i términos como mi literato consultor se engulló el chocolate, el pan, el queso i hasta las arepitas de huevo, que más por lujo tradicional i por elegancia de refresco, que para cosa de provecho decoraban las orillas del plato respectivo....cuando la fregona que nos hacía de criada, i que fija e inmovil se mantenía en su puesto como un guardia suizo, se descuidó, no se si por alcanzar el agua a mi comensal o por sacarle una basura del dulce (operación que hizo con los dedos) pero ello es lo cierto que al punto se precipitaron en la escena mis tres frutos conyugales gritando: “A mí me deja papá” i peleando a la vez por meterse en las piernas i arrebatarme los restos del té de que hablaba muy serio mi compañero...Pepillo, el mayor, lamía el plato de dulce en un rincón del cuarto; Juan, el mediano, bebía sentado en el suelo los restos de mi coartada jícara con unos sorbos capaces de tragarse al temerario, i a mi, i a sus hermanos, i a los trastos de la pieza; i Antonio, el menor, sollozaba como un cabro a mi derecha porque sus hermanos solo le habían asignado en el reparto del botín, un pedazo de pan, que él había arrojado mejor de sí por encontrarlo reducido...”*

No se puede cerrar esta reseña, sin insistir en algunos hechos puntuales, itos en su vida como escritora inteligente, comprometida con la época, empapada de la sociedad y embebida con la historia.

A sus 45 años de edad, fue la primera mujer en dirigir, en Colombia, una publicación. Fundó su propia revista “La Mujer” quincenario que circuló durante tres años siendo vocera del feminismo intelectual y reivindicativo; como visionaria y culta que fue, promovió las artes entre sus congéneres y su comportamiento en sociedad. Salió al público el primero de septiembre de 1878 y se sostuvo hasta el 15 de mayo de 1881. La colección la componen 5 tomos con artículos cuidadosamente dirigidos a superar tanto la formación intelectual de la mujer, como su comportamiento en sociedad.

En 1884, preocupada al percibir la necesidad de continuar hablándole a la mujer, reaparece con la revista mensual “La Familia” que sostuvo un año en circulación con 762 páginas de foliación continua; creó el periodismo del hogar con consejos, escribió crónicas, publicó poesías y divulgó leyendas americanas, valoró a la mujer en todas las condiciones sociales y personales que lograba desempeñar dentro de las costumbres patriarcales que regían la vida en comunidad.

Entrado el siglo XX, fue la ganadora de un concurso con ocasión del centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar, con dos trabajos; uno, la Biografía del general Joaquín París y otro, la Vida del Mariscal Sucre.

Durante su última estancia en París, después de la viudez, en 1892 fue nombrada delegada al IX Congreso de americanistas, en la Rábida, España; y participó en el IV Centenario del descubrimiento de América.

Murió en Bogotá, en 1913. Se considera a Belén Morillo, poeta española radicada en Bogotá, Colombia, vinculada a la Universidad de los Andes, participante en el

Encuentro de Escritoras en Roldanillo, como la principal de sus biógrafas; la Historia del Periodismo Colombiano, reseñada principalmente por Antonio Cacia Prada, casi la ignora; sólo la cita tres veces como vinculada a sendas publicaciones. Otro escritor que le ha dedicado algunas páginas es Gustavo Otero quien relata escuetamente la vida de la periodista y literata.

\*\*\*